



# La Misa del Domingo

## Octava de la Natividad del Señor SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS 1 de enero de 2017

### Lecturas:

- Libro de los Números 6,22-27
- Gálatas 4,4-7
- Lucas 2,16-21

### Homilía

A lo largo de esta semana la Iglesia ha estado celebrando “el día santo en que la Virgen María dio a luz al salvador del mundo”. Nuestra fiesta de hoy clausura este “día santo” en el que proclamamos y celebramos el nacimiento de Jesús. Por tanto seguimos felicitándonos la Navidad, y seguimos deseándonos la paz y la felicidad que provienen de esta intervención salvadora de Dios, que resulta decisiva para toda la humanidad. A esta intervención se refiere Pablo en el texto que hemos escuchado: “cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos de adopción”. Deseamos y pedimos, por tanto, que la gracia divina, garantizada por este acontecimiento, sea semilla de bendición para todos los pueblos, y para cada persona, durante el nuevo año que hoy iniciamos.

Hace una semana nos abríamos al misterio que se escondía en “un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Hoy seguimos contemplando a este niño como el Salvador, como el Mesías y como el Señor, pero fijando nuestra atención en María y los pastores.

El texto evangélico que hemos escuchado nos recuerda que los pastores fueron los primeros destinatarios de la Buena Noticia y sus primeros testigos. A pesar de que representaban una clase social poco estimada (habitaban entre animales, por lo que se les consideraba impuros y, en consecuencia, vivían separados de la comunidad), tuvieron un protagonismo destacado en la primera Navidad: “fueron corriendo” a donde les había dicho el ángel; encontraron “a María y a José y al niño acostado en el pesebre”; “contaron todo lo les habían dicho de aquel Niño”; daban gloria y alabanza a Dios (se maravillaban y alegraban) “por lo que habían visto y oído”...

Pero la fiesta de hoy destaca, sobre todo, la aportación de María al misterio de la encarnación. La Iglesia celebra la maternidad divina de María basándonos en el gran protagonismo que Dios le



# La Misa del Domingo

concede en este acontecimiento: “envió Dios a su hijo, nacido de mujer”. Por esto San Lucas resalta tanto el papel de esta mujer. Antes que los pastores, ella fue la destinataria del anuncio de la Buena Nueva. Y el nacimiento de Jesús no se dio sin el asentimiento y la colaboración activa de esta mujer. Por tanto, el misterio del “Dios con nosotros” se inició en María, aunque adquiriera una dimensión pública con el anuncio a los pastores.

- Al igual que éstos, también la madre de Jesús reacciona con generosidad ante el misterio que la invade: en la anunciación, se pone a su servicio (“hágase en mí según tu palabra”); en su visita a Isabel, se muestra como la primera misionera del Reino, transmitiendo el gozo de la salvación; y también ella misma se alegra, se maravilla y glorifica al Señor por lo que vive (“proclama mi alma la grandeza del Señor”); muestra a Jesús a los pastores y a los Magos...
- El Evangelio de hoy destaca además un rasgo que afecta a la interioridad de María: ella “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Es decir, la madre de Jesús introduce en su corazón todo lo que vive, contempla, escucha..., combinándolo en su interior, tratando de encontrar un sentido a todo ello. Esta actitud de María hará posible su camino de fe hasta la cruz, lugar en el que se revelará plenamente el alcance de su maternidad y la identidad de su hijo.
- Finalmente, el texto evangélico proclamado se fija en otro aspecto importante que resalta el protagonismo de María (y de José): llevaron a circuncidar al Niño “y le pusieron por nombre Jesús”. De este modo María da visibilidad al hecho de que Jesús pertenece a nuestra historia, que no es otra que la historia de la salvación. El nombre de Jesús significa “Dios salva”. Es bueno que asociemos este título al modo de actuar de Dios, que se expresa, no en el poder de la eficacia o de la tecnología, sino en la ternura y en la debilidad de un bebé. Esta forma de actuar responde al modo de ser de Dios, misterio de amor y de misericordia; y también a nuestro modo de ser (hemos sido creados a imagen de Dios), pues sólo desde el amor, la misericordia y el perdón podremos cambiar la vida de cada persona, la situación de la humanidad...

Por todo esto hoy celebramos la Navidad fijando nuestra atención en Santa María. Ella forma parte de “la señal” dada por los ángeles a los pastores: María está junto al “niño envuelto en pañales y acotado en un pesebre”. Por su protagonismo singular en este acontecimiento salvífico, la reconocemos como “Madre de Dios”. Éste es el protagonista de la historia de la salvación. Pero, en la madre de Jesús, descubrimos que la salvación es un don divino que debemos acoger y con el que debemos colaborar. A pesar de nuestra debilidad y de nuestro pecado, Dios no hace nada sin nosotros: contó con María, con los pastores...; y hoy cuenta con nosotros... La Navidad, por tanto, es la fiesta de la grandeza de Dios, pero también, y porque Él lo quiere y lo hace posible, de la grandeza del ser humano. El misterio de la encarnación se prolonga en nuestro aquí y en nuestro ahora en la medida en que nosotros reproduzcamos las actitudes de María y de los pastores: la disponibilidad y la acogida, la alegría profunda de la salvación (“la alegría del Evangelio” de la que



# La Misa del Domingo

habla el Papa Francisco); el contarla y expresarla en nuestra vida y en nuestra palabra; el interiorizar todo lo que vivimos y escuchamos, creando un espacio para el encuentro con Dios en lo más profundo de nuestro ser; el asumir en nuestro quehacer el modo de actuar de Dios, que se visibiliza en el amor, en la misericordia y en el perdón, en el protagonismo de los pequeños y de “lo pequeño”...

A lo largo de este año se nos invita a cuidar con amor y misericordia nuestra realidad como familia. En la Navidad estamos celebrando que Dios se ha hecho familia. Por tanto, necesitamos invadirnos del “perfume a familia” del misterio de la Navidad (Papa Francisco). Y, en este contexto, debemos aprender mucho de María. Ella cuidó su familia (la Sagrada Familia) rebasando con su fe la sorpresa causada por el anuncio del ángel; confiando cuando la duda invadía a José y a ella misma; alegrándose, a pesar de la pobreza que amenazaba la dignidad de su familia y un parto en un ambiente poco favorable; poniéndose en camino cuando su hijo es rechazado y perseguido por Herodes; orando, cuando no comprende el sentido de los acontecimientos y la independencia progresiva de su hijo... ¡Cuánto debemos aprender de María para que nuestras familias sean “escuela de Vida y de Amor”!...

Al inicio de este Año Nuevo, pidamos a Santa María que nos ayude a colaborar con el Dios salvador y misericordioso que se manifiesta en la Navidad. Colaboramos con Él, uniéndonos a la Madre de Dios en su empeño para que otro mundo sea posible, y para ser constructores de paz en nuestras familias y en nuestros ambientes.

*Carlos García Llata*